

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales

-El sacramento del perdón, el 7 de abril.....	113
-Vivir bien la Semana Santa, el 14 de abril.....	114
-Nuestra responsabilidad, el 18 de abril.....	116

II. Homilías

-Domingo de Ramos.....	117
-Santa Misa Crismal.....	119
-Jueves Santo: Santa Misa de la Cena del Señor.....	122
-Viernes Santo: Celebración de la Pasión del Señor.....	124
-Solemne Vigilia de Pascua.....	125
-Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.....	127

Secretaría general

<i>I. Nombramientos.....</i>	129
------------------------------	-----

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. ESCRITOS

EL SACRAMENTO DEL PERDÓN

Escrito dominical, el 7 de abril

Nuestra fe, nuestro amor, los sacramentos que celebramos y, sobre todo, el perdón, nunca son tan personales como en el sacramento de la Penitencia. Este Sacramento es tan personal como nuestra misma conciencia moral. Como quiera que solo podemos ser sanados por la conciencia, no cabe eliminar el sacramento de la Penitencia, en que se confiesa los pecados personales, momento de la suprema personificación de los cristianos al pedir el perdón, sin lesionar algo que pertenece esencialmente a la conciencia de cada uno. Es bueno tener esto en cuenta, ahora que nuestras parroquias ofrecen un tiempo largo para la confesión de los pecados con motivo del cumplimiento o renovación pascual.

Recuerdo lo que decía un laico católico, respecto a este aspecto de la confesión de los pecados ante un sacerdote: “Estoy convencido de que el abandono de la confesión personal supone, al menos psicológicamente, una gran pérdida y un enorme daño, por la sencilla razón de que la culpa y los sentimientos de culpa precisan un auxilio, una ayuda imparcial... El que alguien me dé la absolución en nombre de Dios y de la comunidad es la concreción de la salvación para mí, una experiencia decisiva a la que no sería prudente ni saludable renunciar. No podemos permitirnos un espiritualismo semejante, ni podemos renunciar al signo corporal sin causarnos un gran daño (A. Görres).

¿Quién duda que la dimensión comunitaria del pecado debe encontrar también un lugar cuando uno confiesa ante el sacerdote sus pecados? Pero resulta que, desde momento en que no nos quedamos con nuestros pecados, sino que los confesamos, ya estamos dando al pecado su dimensión comu-

nitaria. El sacerdote o el Obispo a quien decimos nuestros pecados no es un hombre privado cualquiera, sino un representante de la Iglesia. Un salir de sí mismo semejante, en especial cuando el descubrimiento del propio ser afecta a los más íntimo y personal, es apertura radical a la comunidad. Lógicamente la Iglesia aquí no es cualquier institución que se me impone desde fuera. No. Ella es mi Madre y me da el perdón de Cristo. Pero es verdad igualmente que un elemento esencial del Sacramento de la Penitencia es el acto de penitencia, que hoy día se recluye cada vez más en el ámbito interior y privado.

Cuando Jonás llegó a Nínive y pidió que se hiciera penitencia, todos sabían lo que ello significaba: ponerse el hábito de penitencia, ayunar y orar. Cuando los musulmanes celebran el Ramadán, saben lo que se exigen de ellos: ayuno durante todo el día. Con toda claridad perciben los ninivitas y hoy los musulmanes que la penitencia personal que hacen es una realidad concreta no solo para sus personas, sino para un pueblo. Por desgracia, para la mayoría de los católicos la penitencia ha perdido casi toda forma comunitaria, que consiste en orar-ayunar- dar limosna. Justamente lo que nos dice la Iglesia de Cristo al iniciar la Cuaresma.

Siempre es necesario buscar el equilibrio adecuado entre lo personal y lo social de la virtud de la penitencia. Pero si la absolución general de los pecados llegara a ser la forma normal del Sacramento de la Penitencia, se invertiría de la relación entre ambos aspectos: lo auténticamente personal –confesional y absolución individual- se colectivaría; en cambio, lo que exige una forma comunitaria- el estilo de vida de la penitencia y la transformación de la conversión en vida –se recluiría en el ámbito de la interioridad de la persona.

Y así no puede crecer ninguna forma cristiana de vida, ni tener lugar una transformación cristiana del mundo en que la conversión penetre en la dimensión social. Ni en el pasado reciente, ni hoy tenemos necesidad de ensayos como son la absolución general de los penitentes; todo lo contrario, tenemos necesidad de responsabilizarnos personalmente de nuestros pecados en la confesión individual ante el sacerdote, que persona en la Iglesia en nombre de Cristo. Nos hace bien, por todo ello, confesar nuestros pecados al sacerdote y darles así, de esa forma tan delicada e íntima, esa dimensión comunitaria que siempre tiene el sacramento de la penitencia.

VIVIR BIEN LA SEMANA SANTA

Escrito dominical, el 14 de abril

Con el Domingo de Ramos se abre la Semana Santa, pues es el gran pórtico de la semana en la que Jesucristo va a Jerusalén para cumplir las Escrituras

y para ser colgado en la cruz, el trono desde el cual reinará por los siglos, atrayendo así a la humanidad de todos los tiempos y ofreciendo el don de la redención a todos. Pero en esta semana, que celebra el Triduo Pascual, Jesús no es solo el “justo crucificado” que tiene que ser perseguido, porque él es distinto del resto de la humanidad y ha de ser el que se ofrezca en expiación. No. Jesús es el que nos dicen los Evangelios que se encamina voluntariamente a Jerusalén y entregará su vida en expiación al aceptar la muerte, porque él quiere, “en rescate por muchos” (cfr. Mc 10, 45).

El Domingo de Ramos, los evangelios narran cómo Jesús llegó a Jerusalén desde Betfagé y el Monte de los Olivos, es decir, la vía por la que había de venir el Mesías. El ánimo de los discípulos y otros peregrinos se deja ganar por el entusiasmo: toman sus mantos y los echan encima de la borriquita; otros alfombran con los mantos el camino o cortan ramas de olivos y comienzan a gritar con palabras del Salmo 118: “¡Hosanna!, bendito el que viene en nombre del Señor”. Un grito de bendición, un himno de júbilo, que expresa la convicción de que, en Jesús, Dios ha visitado a su Pueblo.

Pero, ¿cuál es el contenido de este grito de júbilo? La respuesta está en toda la Escritura, que nos recuerda cómo el Mesías lleva a cumplimiento la promesa de la bendición de Dios, la promesa originaria que Dios había hecho a Abraham, el padre de todos los creyentes: “Haré de ti una gran nación, te bendeciré... y en ti serán benditos todas las familias de la tierra” (Gn 12, 2-3). Es la promesa que Israel siempre había tenido presente en la oración, sobre todo en los Salmos. Por eso, el que es aclamado por la muchedumbre como bendito es al mismo tiempo aquel en el cual será bendecida toda la humanidad.

Podemos, pues, descubrir este Domingo de Ramos un primer gran mensaje que nos trae la festividad de hoy: la invitación a mirar de manera justa a la humanidad entera, con sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es mirada de bendición, amorosa y sabia, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad, porque el Señor “ama a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste... Señor, amigo de la vida” (Sab 11,24.26).

Pero, ¿qué latía realmente en el corazón de los que aclaman a Cristo como Rey de Israel? Tenían, sin duda, su idea del Mesías. No olvidemos que éstos mismos son quienes pocos días después gritarán a Pilato: “¡Crucifícalo!”. Los mismos discípulos de Jesús permanecían un tanto desilusionados por el modo en que Jesús había decidido presentarse como Mesías y Rey de Israel.

¿Quién es para nosotros Jesús de Nazaret? ¿Qué idea tenemos del Mesías, qué idea tenemos de Dios, cuando en esta semana llenamos las iglesias y las calles en los desfiles procesionales? Esta es una cuestión crucial que no podemos eludir en Semana Santa. ¿Qué ha significado cantar con palmas en las manos “Hosanna al Hijo de David”? ¿De qué nos sirve de verdad vivir

como cristianos la Semana Santa? Os lo digo sobre todo a vosotros, jóvenes católicos, que queréis vivir bien la Semana Santa y a otros tantos para quienes esta semana es pura vacación aderezada con algo de templo y de procesión, pero nada más. Pero es pregunta para todos los discípulos de Cristo, para ti y para mí: ¿Cuáles son nuestras verdaderas expectativas? ¿Cuáles son los deseos más profundos que nos han traído hasta aquí para celebrar el Domingo de Ramos e iniciar la Semana Santa?

¡Qué buena ocasión para, en días con más tiempo para orar, confesarse, pensar, renovar nuestra vida cristiana en la Pascua del Señor! Jesucristo espera en cada esquina, en cada templo, en tanta celebración de la fiesta mayor de los cristianos.

NUESTRA RESPONSABILIDAD

Escrito dominical, el 28 de abril

Como el resto de los españoles, los católicos somos invitados a votar en las elecciones generales del domingo 28 de abril. En este escrito, no voy a hablar de los candidatos y de los partidos políticos que les presentan a estas elecciones. Los fieles católicos son lo suficientemente maduros, o lo deben ser después de tantos años de normalidad electoral, para votar según las diferentes posibilidades, o no votar. La referencia de la Constitución Española, que nos indica las reglas del juego democrático, me parece importante en estas circunstancias.

Como español y como Obispo de la Iglesia Católica, me preocupa más cómo será el futuro de nuestra Patria, tras estas elecciones. Deseo grandemente que seamos capaces todos de desterrar actitudes en la vida pública que en el pasado nos llevaron, antes de yo nacer, a una lucha entre hermanos, de consecuencias nefastas. Se debe distinguir entre el mal y el bien, pero no dividir la sociedad entre los buenos y los malos, siguiendo los impulsos de un maniqueísmo político que tiene el peligro de un reduccionismo inaceptable. Los políticos tienen su importancia, pero más la tiene la vida diaria de la “res publica”, del bien común, de los problemas realmente importantes. Tengan respeto los representantes políticos por los ciudadanos y evitarán caprichos e ideologías que tal vez les interesen solo a ellos.

Y es que, en mi opinión, no debemos permitir que los políticos elegidos democráticamente entren en una lucha de personalismos, de modo que ellos, elegidos para algo concreto, ocupen toda la esfera de la vida política, de la “polis”. Esto tendría más que ver con una política partidista, que no nos hace bien, sino que nos puede llevar a un liberalismo un tanto egoísta, que no tiene en cuenta los más desfavorecidos. Debe haber en nuestra sociedad, de manera

cada vez más nítida, lugar a la sociedad civil y para la vida de sus grandes instituciones, pues no se agotan estas en la actividad de los representantes políticos elegidos en el Parlamento y el Senado de la nación. Que los representantes políticos se dejen de sus ideologías y se dediquen a servir al bien común, al bien de todos, respetando la libertad que nos da nuestra dignidad de seres humanos y reconoce, que no otorga, nuestra Constitución.

Pienso que nuestra vida pública está muy ideologizada y con una violencia dialéctica exasperante, como hemos visto en la campaña electoral; parece haberse perdido esa unión de nuestro ser con la realidad, con la vida cotidiana de la mayoría de los españoles. Y la política, en opinión del Papa Francisco, “no es mera búsqueda de eficacia, estrategia y acción organizada. La política es vocación de servicio (...) que promueve la amistad social para la regeneración del bien común” (*Discurso a los participantes en un seminario sobre el compromiso político en América Latina*, 4 de marzo de 2019).

Estoy convencido que siempre se puede estar de acuerdo en lo más básico del ser humano: su dignidad irrenunciable, la igualdad básica entre los seres humanos, y entre las mujeres y los hombres, la capacidad de hacer el bien y evitar el mal, luchar por el bien que nos alcanza a todos, por el bien común, defender la vida porque no somos un número ni uno más, somos cada uno único. Son realidades a las que atender, antes de decidirse por esta o aquella opinión, por este o aquel grupo, por este o aquel partido político.

Somos capaces de colaborar por el bien común en contextos donde no todos piensan igual, como en la familia o en el trabajo, porque hay respeto por el otro, aunque no sea de los nuestros. Es lo que permite que en nuestra sociedad existan ámbitos donde se puede vivir y no estar siempre sospechando de los demás, y comenzar iniciativas sociales que salen al encuentro de nuestras necesidades. Esto genera confianza en el entorno donde vivimos. No la genera que los representantes políticos elegidos piensen que ellos tienen que dirimir todo y estar en todo. Así se llega a la fractura entre los políticos y los demás ciudadanos, que amenaza la libertad y fomenta la desconfianza hacia ellos. Quiera Dios que no sea así.

II. HOMILÍAS

DOMINGO DE RAMOS

Domingo de Ramos en la pasión del Señor: así se denomina a este domingo, que abre la Semana Santa, su gran pórtico, la semana en la que Jesucristo se dirige hacia la culminación de su vida terrena. Él va a Jerusalén para cumplir las Escrituras y para ser colgado en la cruz, el trono desde el cual reinará por

los siglos, atrayendo así a la humanidad de todos los tiempos y ofreciendo el don de la redención a todos los hombres y mujeres.

Por eso decimos que la cruz de Cristo es revelación, pues revela quién es Dios y cómo es el ser humano. Jesús no es solo el “justo crucificado” que, en medio de hombres perversos, tiene que ser perseguido. No. Jesús es el que nos dicen los Evangelios se encamina voluntariamente a Jerusalén y entregará su vida en expiación al aceptar la muerte “en rescate por muchos” (cfr. Mc 10, 45).

Tratemos de ponernos en lo que están viendo los contemporáneos de Jesús: Si Jesús es llamado por el ciego de Jericó “Hijo de David”, ¿no sería quizás el nuevo Mesías, el nuevo David? Nos dice san Marcos que Jesús llegó a Jerusalén desde Betfagé y el Monte de los Olivos, es decir, la vía por la que había de venir el Mesías. El ánimo de los discípulos y otros peregrinos se deja ganar por el entusiasmo: toman sus mantos y los echan encima de la borriquita; otros alfombran con los mantos el camino o cortan ramas de olivos y comienzan a gritar con palabras del Salmo 118: “¡Hosanna!, bendito el que viene en nombre del Señor”. Un grito de bendición, un himno de júbilo, que expresa la convicción de que, en Jesús, Dios ha visitado a su Pueblo.

Pero, ¿cuál es el contenido de este grito de júbilo? La respuesta está en toda la Escritura, que nos recuerda cómo el Mesías lleva a cumplimiento la promesa de la bendición de Dios, la promesa originaria que Dios había hecho a Abraham, el padre de todos los creyentes: “Haré de ti una gran nación, te bendeciré... y en ti serán benditos todas las familias de la tierra” (Gn 12, 2-3). Es la promesa que Israel siempre había tenido presente en la oración, sobre todo en los Salmos. Por eso, el que es aclamado por la muchedumbre como bendito es al mismo tiempo aquel en el cual será bendecida toda la humanidad. Podemos pensar que, a la luz de Cristo, la humanidad recibe una bendición divina que todo lo penetra.

Podemos, pues, descubrir este Domingo de Ramos un primer gran mensaje que nos trae la festividad de hoy: la invitación a mirar de manera justa a la humanidad entera, con sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es mirada de bendición, amorosa y sabia, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. Es la mirada que leemos este texto: “Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste... Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida” (Sab 11, 23-24.26).

Pero, ¿qué latía realmente en el corazón de los que aclaman a Cristo como Rey de Israel? Tenían, sin duda, su idea del Mesías, una idea de cómo debía actuar el Rey prometido por los profetas y esperado por tanto tiempo. Pero no olvidemos que son éstos mismos quienes pocos días después gritarán a

Pilato: “¡Crucificalo!”. Los discípulos de Jesús permanecían incluso un tanto desilusionados por el modo en que Jesús había decidido presentarse como Mesías y Rey de Israel. Este es precisamente, hermanos, el núcleo de la fiesta de hoy para nosotros cristianos que llenarán en Semana Santa tal vez nuestras iglesias y, seguro, acudirán a los desfiles procesionales.

¿Quién es para nosotros Jesús de Nazaret? ¿Qué idea tenemos del Mesías, qué idea tenemos de Dios? Esta es una cuestión crucial que no podemos eludir en esta semana. ¿Qué va a significar cantar con palmas en las manos “Hosanna al Hijo de David!”? ¿De qué nos sirve de verdad vivir como cristianos la Semana Santa? Os lo digo sobre todo a vosotros, jóvenes católicos, los que tal vez queréis vivir bien la Semana Santa y a otros tantos para quienes esta semana es pura vacación aderezada con algo de templo y de procesión, pero nada más.

Pero la pregunta va para todos nosotros, los discípulos de Cristo, para ti y para mí: ¿Cuáles son nuestras verdaderas expectativas? ¿Cuáles son los deseos más profundos que nos han traído hasta aquí para celebrar el Domingo de Ramos e iniciar la Semana Santa?

Estas preguntas, pienso hermanos, han de ser respondidas personalmente por cada uno de nosotros. Nuestra fe no consiste en cumplir unas reglas, sino un responder a quien nos invita a entrar en su misterio en la Iglesia. Luego vendrá nuestra conducta, que probablemente habrá que cambiar. Nuestros sentimientos han de ser, por ejemplo, la alabanza, como hicieron aquellos que acogieron a Jesús en Jerusalén con su “hosanna”. Pero también el agradecimiento, porque de nuevo esta Semana Santa el Señor Jesús renovará el don más grande que nadie se puede imaginar, nos entregará su vida, su cuerpo y su sangre, su amor.

SANTA MISA CRISMAL

Martes Santo, 16 de abril

Queridos hermanos:

El signo del aceite en esta Misa Crismal, cercano ya el Jueves Santo, da a esta celebración su sentido y su carácter, porque está íntimamente unido, el signo, al misterio de Jesucristo, el Ungido. Con otras palabras, la naciente Iglesia, partiendo de la fe en el AT, no supo expresar mejor lo que Jesús era y es, dándole como nombre este símbolo del aceite para ungir. ¿Pero qué es lo que propiamente se expresa con este nombre de “unción” o “ungido”?

En primer lugar, en el signo del aceite se hallan recogidas experiencias humanas de carácter primario. El aceite era en todo el Mediterráneo expresión de la fuerza de la vida en general. El fruto del olivo era el recurso alimenticio

básico, más aún que el pan de cada día. Constituía la base de toda la alimentación humana en esa área geográfica. Pero era también la medicina con que se proporcionaba al cuerpo energía descanso y paz. En los Salmos oímos una y otra vez la alegría sobre la excelencia del aceite, cómo recubre el cuerpo reseco, cansado, extenuado por el sol y cómo, de repente, le hace a uno sentir todo el gozo y el vigor de la vida.

Así es como el aceite se convirtió también en un medio de belleza y expresión de la alegría de la vida. Y por eso, se entiende también que el aceite, como portador de la fuerza de la vida, se halle próximo a lo divino; pues Dios es precisamente Dios por el hecho de ser el poder de la vida.

Así se unge a los hombres de Dios, a los profetas, a los sacerdotes y a los reyes. Ellos son “ungidos”, y eso significa algo más que el hecho de que tengan en abundancia el aceite del olivo; debe ser expresión de que el poder de la vida misma está sobre ellos.

Pero resulta que Jesucristo es el verdadero profeta, el verdadero sacerdote y el verdadero rey. Y por eso solo Él es propiamente el Ungido en el pleno sentido del término. Es lo que se les quedó grabado en el corazón a los primeros cristianos cuando Cristo resucitó. Fue entonces cuando el óleo demostró definitivamente su poder frente a la muerte. Era evidente que Él estaba ungido con un óleo más potente, del que el aceite de oliva sólo puede ser, por así decirlo, un signo, un mensajero. Él resucita con aquel poder de vida capaz de regenerar la corrupción, de contradecir a la muerte y de sacarlo del sepulcro como Ungido y presentarlo como vencedor en medio de la humanidad. Por eso resulta evidente cuál es este otro y nuevo óleo, del que el fruto del olivo, a su modo, solo podía ser indicio en la experiencia de la vida cotidiana. Este óleo es el poder de la vida misma, es decir, el Espíritu Santo de Dios, que lo une a Él como Hijo con el Padre, salvando así también al hombre de las garras de la muerte.

Él es, pues, el Ungido, no ya con el fruto del olivo, sino con aquello de lo que él es signo: con el poder de la vida misma, con el Espíritu Creador de Dios.

Esta es la razón por la que en los sacramentos cristianos el óleo ha adquirido un nuevo significado. En la unción de enfermos es medicina de Dios; en su aplicación antes del Bautismo nos recuerda una concepción del cristianismo en la que la vida cristiana se concibe como un combate, como un pugilato olímpico, en el estadio de la historia. La unción en el Bautismo debe significar que el cristiano es ungido por el Señor para entrar en el drama de esta historia; y después del Bautismo se aplica, así como en la Confirmación y en la ordenación sacerdotal recuerda la unción de los sacerdotes, profetas y reyes. Pero ya desde la vida del Resucitado, que traspasa la esperanza de esta vida y nos abre a la vida sin fin. En realidad, esta Misa Crismal, es como una joya pascual, encerrada en la Semana Santa.

De este modo se pone de manifiesto en esta Misa una última cosa: El Espíritu Santo, del que el óleo es símbolo, es el amor. Y por eso es Él la fuerza que se contrapone a la muerte y a la corrupción. Por eso es el centro mismo de Dios, la unidad del Padre y del Hijo. Por eso es el punto de unión entre el Creador y la creación. Por eso Él es el fundamento de la Iglesia y nuestra paz. Por eso esta Misa de los óleos, desde esta perspectiva de su sentido más profundo, es al mismo tiempo una fiesta de la Iglesia y de su unidad.

Nosotros celebramos en torno al altar de la Catedral el santo sacrificio de Jesucristo. Este altar, que es expresión de nuestra Iglesia diocesana de Toledo, es a su vez una referencia clara de Jesucristo mismo, el altar vivo y sacerdote al mismo tiempo. En esta catedral recibimos los santos Óleos, que después salen fuera, de modo que los sacramentos que se imparten en toda la Diócesis proceden de un único centro, apareciendo, así como fruto del sacramento de la muerte y resurrección de Jesucristo: es el fluir del santo Óleo sobre el cuerpo de toda la Iglesia.

Y por esto este día es también la fiesta de los sacerdotes, que han convertido en tarea de su vida esta misión de llevar los santos óleos, y cuya vida entera consiste propiamente en este ir y venir desde el centro, con el fin de que el óleo fluya por el cuerpo y para que participe de la fuerza que del Señor viene hasta nosotros. Es también el sentido que tiene cuando los sacerdotes renuevan en esta Misa las promesas de su ordenación sacerdotal.

No quiero ocultaros ni a vosotros, ni a los fieles que celebran con nosotros esta Misa, la situación de acoso y desprestigio que recibe la Iglesia y sus sacerdotes en estos momentos. Ella, la Iglesia, sin negar el pecado de sus hijos, es la única institución que, en nuestra cultura dominante, en estados, países y pueblos, no se pliega a las exigencias de una política social y económica del capitalismo salvaje y liberal a ultranza que descarta a tantos y olvida a los más pobres, ni tampoco ante otras visiones del mundo de signo contrario, que manejan la ideología de género, por ejemplo, que, por cierto, recuerda la rancia lucha de clases: esta vez entre mujer y hombre. La Iglesia defiende casi sola la complementariedad entre sexos, mujer y varón; que no acepta el aborto como derecho de la mujer, ni la eutanasia como forma de acabar la vida. Por eso se busca en nuestra sociedad doblegarla, para que acepte visiones sobre el ser humano que la antropología cristiana contempla como contrarias a lo que ha recibido de la Tradición cristiana. Se intenta de muchos modos, que no voy ahora a describir, incluso apoyándose, si es posible, en el pecado de los hijos de la Iglesia; sobre todo en nuestros posibles pecados, los sacerdotes.

Queridos hermanos sacerdotes: cuando a veces os vienen dudas sobre vuestra vocación, cuando dudáis de su sentido, cuando os preguntáis si socialmente es infructuosa o incluso inútil vuestra vida y presencia, pensad en

este hecho: pensad cuánto ansían tantas gentes oír las palabras que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar. Cuántas veces esperan que alguien pueda decirles: “Yo te absuelvo de tus pecados”, si no es un sacerdote. Saben que nadie puede decir por sí mismo: “Esto es mi Cuerpo”. Esta es mi Sangre”, “yo te absuelvo...”.

Allí donde no se pronuncian estas palabras, el pan cotidiano se vuelve insípido y los logros sociales resultan vanos.

Ciertamente, aun cuando un sacerdote contradiga con su vida estas palabras, están siendo eficaces precisamente porque de lo que aquí se trata es del yo de Jesucristo y no del yo del hombre. Sin duda: quien puede poner en su boca el yo de Jesucristo, es necesario que crea en Él. También es necesario que los sacerdotes se sientan respaldados, apoyados y cuidados por el resto del Pueblo de Dios: los fieles laicos, vosotros hermanos, y los consagrados al Señor por una vocación de especial dedicación al Señor y a su Iglesia.

Queridos hermanos: os encomiendo a todos a la Madre de Dios, que será Dolorosa y Virgen de la Alegría en este Triduo Santo. Os encomiendo yo también a vosotros, hermanos sacerdotes, a la persona del discípulo amado en quienes todos fuimos hijos de tal Madre.

JUEVES SANTO

Santa Misa de la Cena del Señor

Hermanos:

Se nos invita a celebrar la Pascua en este mes que “será para vosotros el principal de los meses... el primer mes del año”. Se nos invita a renovar nuestra fe, nuestro bautismo en este Triduo Pascual; a renovar nuestra iniciación cristiana, con el ejemplo de Cristo. Es la gran fiesta cristiana, en la cual volvemos a pasar de la muerte a la vida, de nuestra vida sin el relieve de Cristo a una vida pujante de resucitado por los “sacramentos pascuales”, por la vida de Cristo en nosotros.

Hoy, primer día del Triduo Santo, Jueves Santo, escuchamos en san Juan: “Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Nosotros somos aquellos los que Cristo ha amado, somos hijos de Dios por su amor, pues entregó su vida hasta morir abandonado de casi todos, salvo su Madre y el discípulo amado. Sin la gracia de la justificación que Cristo nos ganó, no habría esperanza para nosotros.

Pero una inquietante pregunta recorre este día en que entramos en el Triduo Pascual: ¿Qué hemos hecho del mandamiento nuevo de Cristo? ¿Nos

amamos, como Él nos ha amado? Juan Pablo II, en un primer viaje a Francia, preguntó: “¿Qué has hecho de tu Bautismo?”. ¿Es este mandamiento nuevo de Cristo el que ha generado en nosotros las virtudes que, por la fe, la esperanza y el amor, han creado en nuestras comunidades una forma distinta de tratar a los pobres, a los que más sufren? En nuestra manera de vivir las relaciones con los demás, de tratar la vida económica y la justicia social, ¿se nota que actuamos de manera diferente a los que para nada tienen en cuenta el amor de Cristo? ¿Cómo reaccionamos ante los inmigrantes, el trabajo no digno, el mal empleo, que trae peligros constantes para los trabajadores en riesgo por precariedad o por no poner medios suficientes para evitar trágicos accidentes?

Culpamos con frecuencia a quienes rigen los pueblos, las naciones, culpamos a los que manejan los medios y la comunicación, a los que influyen en la degradación del medio ambiente, los que incitan constantemente al consumo feroz, sin tener en cuenta a los demás. Culpamos con razón a quienes abusan de los menores, a los que propagan la pornografía, a quienes abortan. Pero, ¿cómo vivimos nosotros ese amor de Cristo que nos urge en nuestra familia, en nuestra parroquia, en nuestro barrio, pueblo o ciudad, donde podemos influir para que nazca otra manera de relacionarse los hombres y mujeres, sin odios, sin tener a los demás como enemigos? ¿Sentimos que la fraternidad que predicó Cristo necesita de mi concurso, de mi aportación?

Yo siento vergüenza, hermanos, de mi propia conducta; de no haber sido ejemplo para vosotros, hijos de esta Iglesia; de no haber vivido con mucho más rigor el amor de Cristo hacia los más pobres, cumpliendo su mandato nuevo, el que nos debería distinguir de los que viven “como si Dios no existiera”. Y pido perdón, y casi me cuesta ahora re-presentar ese amor de Cristo, que lavando los pies a los Doce, incluido Judas Iscariote, nos muestra hasta dónde llega su amor y su humillación, aun siendo Cordero inmaculado ofrecido por nosotros.

Pero debo lavar los pies y hacerlo delante de vosotros, no para daros solo ejemplo, sino para mostrar una vez más la misericordia y el amor del Padre de los cielos que es Jesucristo. Lo necesitamos, de verdad, hermanos. Y merece la pena seguir el camino de Cristo.

Os exhorto, pues, a vivir esta tarde-noche de Jueves Santo, tan especial, lejos de la superficialidad de los que tienen este día sólo como espectáculo, gastronomía o gusto estético. Horas santas, visitas a Cristo en los tabernáculos/monumentos, oración y petición de renovarnos ante el amor mostrado de Cristo.

Pedid al Señor por el Santo Padre, por el resto de los Doce, los Obispos, por tantos que necesitan el amor de Dios, manifestado en Cristo.

Os ayude la Madre Dolorosa que vive la Pasión de su Hijo y de sus hijos.

VIERNES SANTO

Celebración de la Pasión del Señor

Hermanos:

No hacen falta muchas palabras, tras la escucha del 4º cántico del Siervo de Dios, las oraciones y súplicas de Cristo al que podía salvarlo de la muerte, a gritos y con lágrimas, que la carta a los Hebreos nos narra, y, sobre todo la Pasión según san Juan, tan intensa y profunda.

Cristo ha muerto y, sin embargo, lo celebramos en esta Acción Litúrgica. Ya no tenemos Misa hasta el Tercer Día del Triduo: hoy, mañana y el comienzo del Día Tercero, en la gran Vigilia Pascual.

¿Qué es esto? ¿Ficción? ¿Dar vuelta a una muerte que ocurrió hace XX siglos, de modo cansino, siempre lo mismo? Si un cristiano piensa eso, blasfema. Podemos entender que así entiendan la muerte quienes no conocen a Cristo o quienes nada quieren saber de Él. Nosotros no, hermanos. Tenemos que saber por qué ha muerto Cristo.

No ha muerto por rebelde a Roma, o por no estar de acuerdo con el lobby de Sumos Sacerdotes, escribas y los nobles de Jerusalén (que formaban juntos, el Tribunal del Sanedrín). No ha muerto por motivos políticos, por querer cambiar el orden social, o por liderar una revuelta o revolución de los más pobres. Ha muerto porque, en boca de Caifás, “conviene que muera un solo hombre por el pueblo”. Sí, por todo ese pueblo, por toda la humanidad, porque “todo está cumplido” misteriosamente, hasta que la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

Ahora, a nosotros, en una oración peculiar del Viernes Santo, nos queda rezar con toda intensidad por todo el mundo, en esta oración universal. Y nos queda agradecer en plegaria silenciosa nuestra salvación. Y adorar a la Santa Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo, Jesús, el Redentor.

Dejadme decirme a mí mismo primero, y a todos cuantos estáis en esta celebración aquí en la Catedral o en otros medios, algo que llevo en el corazón. Lo expresaré con los llamados Improperios que se cantarán enseguida durante la adoración de la Cruz. Es algo que el Señor nos echa en cara: “¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho, en qué te he ofendido? ¿Respóndeme?”.

¿Me ha ofendido en algo el Señor, para preparar una cruz al Salvador? “¿Qué más puedo hacer por ti?”, dice Jesús. Yo te planté como viña mía, escogida y hermosa. ¡Qué amarga te has vuelto conmigo! Para mi sed me diste vinagre, con la lanza traspasaste el costado a tu Salvador”.

Escuchemos en nuestro corazón tanto desamor con quien ha dado su vida por mí y mis hermanos. “¿Deseas descubrir el valor de la sangre de Cristo? Mira de donde brotó y cuál es su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz

y su fuente fue el costado del Señor. Pues, muerto ya el Señor –dice el Evangelio- uno de los soldados se acercó con la lanza y le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del Bautismo: sangre, como figura de la Eucaristía.

Con estos sacramentos se edifica la Iglesia: con el agua de la regeneración y con la renovación del Espíritu Santo, es decir, con el Bautismo y la Eucaristía, que han brotado de su costado. Del Costado de Jesús se formó, pues la Iglesia, como del costado de Adán, fue formada Eva” (San Juan Crisóstomo, Catequesis).

SOLEMNE VIGILIA DE PASCUA

Queridos hermanos:

Pascua es la fiesta de la nueva creación. ¿Nueva creación? Sí, porque Jesús ha resucitado y ya no muere más. Ese es nuestro grito de alegría en esta noche. Cristo ha descerrajado una puerta que nos estaba cerrada: la puerta que da acceso a una nueva vida, la que ya no conoce ni la enfermedad ni la muerte. Algo inaudito, que apenas creemos.

Tertuliano, autor cristiano en el siglo III, tuvo la audacia de decir, refiriéndose a la resurrección de Cristo y a la nuestra: “Carne y sangre, tened confianza, gracias a Cristo habéis adquirido un lugar en el cielo y en el reino de Dios” (CCL II 994). Se ha abierto una nueva dimensión para los humanos. La creación se ha hecho más grande y espaciosa, no circunscrita a lo que vemos y donde estamos: la Pascua es el día de la nueva creación.

Por ello esta noche la Iglesia comienza la Liturgia de la palabra con el relato de la antigua o primera creación, para que aprendamos a comprender la nueva. De la que empezarán a gozar enseguida nuestros catecúmenos, que se convertirán ya en neófitos, nuevos nacidos. Para ellos, y para los que llevamos ya mucho tiempo bautizados, se lee el relato de la creación del mundo. Tenemos que hacer notar que, en primer lugar, se presenta la creación como una totalidad, de la que forma parte la dimensión del tiempo. Los siete días son, en efecto, una imagen de un conjunto que se desarrolla en el tiempo. Todo está ordenado hacia el día séptimo, el día de la libertad de todas las criaturas para con Dios y de las unas para con las otras. Es decir, la creación está orientada a la comunión entre Dios y la criatura, no es un relato de ciencias naturales.

Pero, en segundo lugar, lo que dice el texto es que la primera frase de la historia de la creación es “Dijo Dios: exista la luz” (Gn 1, 3). Todo se inicia con la creación de la luz. El sol y la luna son creados solo el 4º día, y se las llama “fuentes de luz”, que Dios ha puesto en el firmamento del cielo. Ni el sol ni la luna tienen por sí mismo carácter divino, que las grandes religiones les habían

atribuido. No, ellos no son dioses. Son cuerpos luminosos, creados por el Dios uno. Pero están precedidos de la luz, por la cual la gloria de Dios se refleja en la naturaleza de las criaturas.

¿Qué se quiere decir con esto de la creación? Que la luz hace posible la vida. Hace posible el encuentro. Hace posible la comunicación y, de este modo, hace posible la libertad y el progreso. Y el mal se esconde, no es como la luz. El que Dios haya creado la luz significa que Dios creó el mundo como un espacio de conocimiento y de verdad. La materia prima del mundo que vemos es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe solo en virtud de la negación. Es el “no”.

En la Pascua, pues, en las primeras horas del primer día de la semana, Dios vuelve a decir: “que exista la luz”. Antes hemos tenido la noche de Getsemaní, el eclipse solar de la Pasión y la Muerte de Jesús, la noche del sepulcro. Pero ahora vuelve a ser el primer día, comienza la creación totalmente nueva. “Que exista la luz”, dice Dios, “y existió la luz”. Jesús resucita del sepulcro. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La verdad es más fuerte que la mentira. La oscuridad de los días pasados se disipa cuando Jesús resurge de la tumba y se hace Él mismo luz para Dios.

Pero lo grande, hermanos, es que esta realidad no se refiere solo a Jesús, ni a la oscuridad de los días de la Pasión y muerte de Cristo. Con la resurrección de Jesús, la luz misma vuelve a ser creada también para nosotros. Pero, ¿Cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede llegar todo esto a nosotros sin que se quede solo en palabras, sino que sea una realidad en la que estamos inmersos? Por el Bautismo y la profesión de fe, el Señor ha constituido un puente para nosotros, a través del cual el nuevo día viene a nosotros. En el Bautismo, el Señor dice a aquel o aquella que lo recibe. *Fiat lux*, que exista la luz. El nuevo día, el día de la vida indestructible llega también para nosotros.

Cristo nos toma de la mano. A partir de ahora, Él te apoyará y así entrarás en la luz, en la vida verdadera. Es la iluminación. ¿Por qué y para qué? Porque la oscuridad amenaza verdaderamente al ser humano hoy, más de lo que creemos, porque, sí, éste puede ver y examinar las cosas tangibles, materiales, pero no a dónde va el mundo y de dónde procede. No sabe a dónde va nuestra propia vida. Ni qué es el bien y el mal. La oscuridad acerca de Dios y sus valores son la verdadera amenaza para nuestra existencia, y para el mundo en general. Otras iluminaciones que nos dan un poder increíble, pueden ser progreso, pero son al mismo tiempo también amenazas que nos ponen en peligro, a nosotros y al mundo.

En las cosas materiales, sabemos y podemos tanto, pero lo que va más allá de esto, Dios y el bien, ya no lo conseguimos identificar. Por eso la fe, que nos muestra la luz de Dios, es la verdadera iluminación, es una irrupción de la luz

de Dios en nuestro mundo. De modo sencillo, hermanos, pero significativo, la Iglesia presenta en esta noche el misterio de la luz con un símbolo particular y humilde: el cirio pascual de que hemos tomado de su fuego con nuestra vela y que la tomarán nuestros hermanos que serán en pocos minutos bautizados. Y nosotros también, más tarde, con las velas encendidas, renovaremos nuestro igualmente Bautismo.

Ved, hermanos, escuchad, rezad y cantad: la Liturgia del Bautismo empieza. Miremos y gocemos: nuevos hermanos se unen a nosotros, Iglesia de Toledo.

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Queridos hermanos:

El aspecto de la basílica-catedral es magnífico: es Pascua y ya hemos cantado el cántico del triunfo de Cristo Resucitado, el Aleluya, que había enmudecido desde el miércoles de Ceniza. Os deseo, pues, una feliz Pascua.

Anoche, en la gran Vigilia Pascual, volvimos a celebrar la gloria pascual con el toque de las campanas con un signo típico de esta Catedral: uno de los seis llega hasta el Arzobispo con un cordero blanco, adornado con cascabeles. Es el Cordero pascual. Precisamente en esta Misa de Resurrección hemos escuchado a san Pablo decir a los cristianos de Corinto: “Ha sido inmolado Cristo, nuestra Pascua” (1Cor 5, 7). Es una exclamación en una carta que se remonta a veinte años después de la muerte y resurrección de Jesús.

He aquí, en una síntesis impresionante, la plena conciencia de la novedad cristiana. El símbolo central de la historia de la salvación –el Cordero Pascual– se identifica aquí con Jesús, llamado precisamente “Nuestra Pascua”. La pascua judía, memorial de la liberación de la esclavitud de Egipto, prescribía el rito de la inmolación del Cordero, un cordero por familia, según la ley mosaica. En su pasión y muerte, Jesús se revela como el Cordero de Dios “inmolado” en la cruz para quitar los pecados del mundo; fue muerto en la hora en que se acostumbraba a inmolar los corderos en el Templo de Jerusalén.

El sentido de este sacrificio suyo, lo había anticipado Él mismo durante la Última Cena, poniéndose en el lugar –bajo las especies de pan y vino –de los elementos rituales de la cena de Pascua. Así, podemos decir que Jesús, realmente, ha llevado a cumplimiento la tradición de la antigua Pascua y la ha transformado en *su* Pascua.

A partir de este nuevo sentido de la fiesta pascual judía, se comprende también la interpretación de san Pablo sobre los “ázimos”. El Apóstol se refiere a una antigua costumbre judía, según la cual en la Pascua había que limpiar la casa hasta las migajas de pan fermentado. Eso formaba parte del recuerdo de lo que había pasado con los antepasados en el momento de la huida de

Egipto: teniendo que salir a toda prisa del país, llevaron consigo solamente panes sin levadura.

Pero al mismo tiempo, los Ázimos” eran un símbolo de purificación: eliminar lo viejo para dejar espacio a lo nuevo. Ahora, como explica san Pablo, también esta antigua tradición adquiere un nuevo sentido, precisamente a partir del nuevo “éxodo” que es el paso de Jesús de la muerte a la vida eterna. Y, puesto que Jesús, como el verdadero Cordero, se ha sacrificado a sí mismo por nosotros, también nosotros, sus discípulos –gracias a Él y por medio de Él– podemos y debemos ser “masa nueva”, “Ázimos”, liberados de todo residuo del viejo fermento del pecado: ya no más malicia y perversidad de nuestro corazón.

“Así, pues, celebremos la Pascua... con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad”. Esta es la exhortación de san Pablo con que termina la 2ª lectura de esta Misa. Es decir, abramos el corazón a Cristo muerto y resucitado para que nos renueve, para que nos limpie del veneno del pecado y de la muerte y nos infunda la sabiduría vital del Espíritu Santo: la vida divina y eterna.

En la Secuencia pascual, como un eco de las palabras del Apóstol, hemos cantado: “sabemos que estás resucitado, la muerte en ti no manda”. Sí, hermanos, éste es precisamente el núcleo fundamental de nuestra profesión de fe; éste es hoy el grito de la victoria que nos une a todos; y si Jesús ha resucitado, y por tanto está vivo, ¿quién podrá jamás separarnos de Él? ¿Quién podrá privarnos de su amor que ha vencido al odio y ha derrotado la muerte?

Que el anuncio de la Pascua se propague por el mundo con el jubiloso canto del *Aleluya*. Cantémoslo con la boca, cantémoslo sobre todo con el corazón y con la vida, con un estilo de vida “ázimo”, esto es, simple, humilde, y fecundo de buenas obras. ¡Resucitó de veras mi esperanza! Venid a Galilea, el Señor allí aguarda. El Resucitado nos precede y nos acompaña por las vías del mundo. Él es nuestra esperanza, Él es la verdadera paz del mundo. Alegraos, hermanos, con la Virgen, Madre del Salvador.

SECRETARÍA GENERAL

I. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 4 de abril:

–Rvdo. Sr. D. José Fernando González Espuela, capellán del monasterio de Jesús y María, de Religiosas Dominicanas en la parroquia de Santa Teresa, de Toledo.

